

# APUNTES LITERARIOS

"El Tinglado de la Farsa, por Pedro Sienna.—  
(Editorial Nascimento, Santiago de Chile 1922).

La existencia complicada y azarosa del teatro, ha encontrado entre nosotros su genuino cantor. Pedro Sienna, espíritu múltiple en manifestaciones artísticas, ha tejido hermosa guirnalda de melancólicos sonetos para orlar la frente del bufón entristecido. Es el libro sincero y personal de verdadero poeta, quien, a pesar de vivir en cierto medio, ajeno a las delicadezas del espíritu, se conservó puro y fué anotando los diversos aspectos de esa vida privada de quietud.

Como simples y descarnadas pinturas del ambiente artístico de bastidores, estos sonetos son irrepugnables. Tienen la misma tristeza desconsolada de aquellos seres que viven en la escena y lloran en la vida. Con una diferencia: esos personajes ocultan o transforman su dolor; el dolor de los versos de Sienna, por el contrario, se acentúa siempre, y cubre sus páginas emocionadas de angustiosa monotonía poco agradable al lector.

La vida no es por cierto alegre. Todos percibimos las muchas miserias que pasan a nuestro lado. El arte recoge aquellas amarguras, para devolverlas transformadas a los ojos sedientos de ideal. En el libro de Pedro Sienna, a pesar de su intrínseca belleza, no encontramos ese soplo de dulce y melancólica filosofía que cubre como un velo, la verdad desgarradora o la inconsistencia reconocida de las cosas humanas.

Prolongado lamento, sin matices ni nervio, se escucha a través de todo el libro, que abruma y pesa en la imaginación de los que leen.

¿Proviene esta circunstancia de la ausencia de grandes ideas,cimientos de toda obra literaria? Tal vez. Simples cuadros descriptivos, rápidas anotaciones, muchas de ellas escritas antes de entrar a escena, estos sonetos como simples estados de alma del poeta, tienen sólo pasajero valor. En algunos brilla junto a la hermosura y sentimiento de las ideas, fugitivo relámpago de ironía que, al cruzar el ambiente, ilumina la escena que el poeta describe.

Reconocemos en Pedro Sienna, a fiel pintor de la vida del teatro; nos gusta como sentilo observador de los nobles y simpáticos ideales que bullen en la cabezita loca de las actrices o en el cerebro soñador de los actores. El poeta es humano y tierno, cuando recorriendo las calles del pueblo donde naciera, y al ver pasar junto a su lado caras desconocidas y rostros hurafas, que le hacen sentirse extranjero, afiora los años de su mocedad sin inquietud, que conocieron alegremente el ingenio de la sana poesía. El hombre de hoy no conserva, entre las ternuras de su corazón, esa frescura espiritual que guió sus entretenimientos de muchacho.

Y es aún más profundamente humano al recordar en "Así es la Cosa", esos sueños de las modistas que quieren ser actrices para brillar en escena con aquel donaire y elegancia que observaron maravilladas muchas veces. Y el poeta que conoce los desencantos ocultos detrás de plañidos telones y empolvado rostros, recuerda con ternura, esos otros sueños de las actrices viejas que piensan en terminar sus días juntos a la paz del hogar. Esta exposición de dos sentimientos encontrados, ofrece a Pedro Sienna ocasión de lucirse como tierno cantor, comprensivo y humano.

Aquí hay también tristeza, pero no es aquella exagerada que se advierte en la mayoría de sus sonetos. Como descripción de personajes característicos merece señalarse "El Apuntador", quien, de espaldas a la vida, no se inquieta por la gloria ni se emociona con las frases vibrantes que va repitiendo noche a noche.

El lenguaje de estos sonetos, de aparente riqueza, corresponde exactamente al ambiente que trata. Disuenan algunas descripciones demasiado realistas, que atenuan la belleza general del libro, como asimismo macabras expresiones que, a fuerza de repetidas, no producen el efecto buscado por el autor.

La falta de elegancia o riqueza del lenguaje; algunas expresiones bastante vulgares de que está salpicado el estilo; la escasez de ideas, de grandes ideas, que guíen y justifiquen la inspiración del poeta, son causa de que esta obra se lea con excesiva rapidez.

El lector exigente pide más de quien ha recorrido pueblos y ciudades en la mejor situación para observar y puede, por consiguiente, proporcionarle, nuevos matices del teatro y de la vida.

Pedro Sienna, como hemos dicho al comienzo, es un poeta; negarlo no sería justo ni honrado; es un poeta triste, ensombrecido, que no hace amar la existencia que describe. Bien sabemos que la vida del teatro no debe amarse. Razones sobran. Pero es también desagradable destruir en el lector las últimas ilusiones que éste conserva de ese ambiente que no conoce bien, cuando esas mismas miserias, encubiertas en bella y galana forma, pudieron parecerle bellas.

Pedro Sienna ha sido sincero en este libro y esa sinceridad es respetable.

M. VEGA

Nota: En esta sección se comentarán todos los libros que se nos envíen. Se ruega dirigir la correspondencia a "Crónica Literaria de 'El Diario Ilustrado'", casilla número 2115.—M. V.

